



“La amo.” Cuando una maestra no solo enseña, transforma vidas desde el escenario



Angélica Espitia Mejía no necesita reflectores para brillar. Ella es la luz que enciende el escenario, la que dirige la escena y, sobre todo, la que inspira sin necesidad de decirlo en voz alta.

A las seis o seis y media de la mañana comienza su ritual. Un día que podría parecer agotador para cualquiera, pero que, en su cuerpo entrenado, fuerte, resistente y flexible, es solo otra oportunidad para crear. Si no hay ensayo en la mañana, va a ejercitarse, porque sabe que un actor debe ser más que un alma apasionada: también debe ser un cuerpo dispuesto.

El resto del día es una sinfonía de variaciones: puede tener rodaje, ensayo, función, clases... o todo junto.



En la tarde, cuando la EMA se enciende, llegan las clases: de 4, 5 o 6 de la tarde hasta las nueve de la noche. Sábados incluidos, con jornadas que se extienden desde las 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Días largos, sí, pero gratificantes, siempre.

Su historia no comienza en las tablas, sino en las palabras. Desde niña, Angélica declamaba poesía. Memorizaba versos con una facilidad prodigiosa, y descubrió, casi sin proponérselo, que podía conmover con la voz, con la emoción, con la presencia. La escena llegó después, como una consecuencia natural. A los nueve años ya actuaba. A esa edad, muchos niños juegan a ser astronautas. Ella jugaba a ser otros. Y en ese juego descubrió el verdadero poder del teatro: contar historias, mágicamente.

Egresada de la Universidad de Antioquia como Maestra en Arte Dramático, su formación es tan sólida como su vocación. La academia le dio técnica, historia, teoría, escenotecnia y dramaturgia. Pero el oficio, ese que se moldea con la experiencia, le dio algo más: humildad.

Para Angélica, el teatro es su vida. Es juego, es magia, es posibilidad. Es la adrenalina de cada estreno, la meticulosa preproducción, el diseño del vestuario, la creación de objetos, la investigación, la enseñanza. Todo eso hace parte del mismo acto sagrado: crear.

Y como buena creadora, sueña en grande. Tan grande que algunos la llaman ambiciosa. Pero ella no se disculpa por eso, al contrario: “Si uno no sueña en grande, no logra ni la mitad”, dice. Porque Angélica no quiere pasar por el escenario sin dejar huella. Quiere actuar, dirigir, enseñar y seguir soñando. Y hacerlo todo con pasión. Con esa intensidad que ya es su marca registrada.

En los pasillos de la EMA, hay una palabra que se repite cuando alguien habla de ella: intensa y apasionada. Pero no es un reproche. Es un elogio. Porque Angélica es la maestra que exige, que escudriña, que no deja que nada se quede en la superficie. Es la que empuja, la que insiste, la que no permite que nadie actúe sin entender. La que recuerda, una y otra vez, que esta profesión se elige por amor, no por obligación.

Y si alguna vez duda de si lo está haciendo bien, bastaría con que escuchara a una de sus alumnas decir, sin titubeos: La amo.



Ahí está la respuesta. En esa frase sin ensayo. En ese amor visceral que solo provoca quien transforma. Porque Angélica Espitia no solo enseña teatro, enseña a vivir con entrega y con rigor.

Enseña a nunca, jamás, actuar sin alma, Angélica es la apasionada que les inculca a amar el escenario.

Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga -EMA-